

los golpes, caídas, frío, calor, en una palabra de cuanto irrita; pero cuando ellas no pertenecen á individuos que tienen muy irritables los vasos linfáticos, la parte blanca de nuestros humores se acumula en ellas con ménos facilidad, lo cual hace tambien ménos dificultosa su cura. Esta es la única diferencia que existe entre las enfermedades articulares de las personas fuertes y las de los individuos linfáticos. Profundamente situados los demas huesos, y cubiertos de una gran cantidad de carne, están atacados mucho ménos frecuentemente de la subinflamacion escrofulosa que los de las estremidades, que son mas frios, ménos protegidos, y mas linfáticos. Participa de ella sin embargo á veces la columna vertebral. Los huesos que la constituyen, se reblandecen, flaquean con el peso del cuerpo, lo cual hace gibosos y raquíticos á los niños. El mismo reblandecimiento es posible en los huesos de las estremidades, que se ponen torcidos; y, algunas veces, ciertos puntos de estos diferentes huesos se reblandecen, supuran, se carcomen, y co-

munican la subinflamacion á las partes blandas que los rodean. Así es como el raquitismo se une con las escrófulas, por el mero y simple efecto de la irritabilidad de los vasos linfáticos.

EL SABIO.

Hágame Vm. conocer, ahora, porqué ciertos niños tienen mas irritable que otros el sistema linfático: quiero decir las causas de la disposicion escrofulosa y raquítica.

EL MÉDICO JÓVEN.

Contaba yo con esa pregunta.

Se nota esa disposicion en los niños que se crián en una atmósfera fria, húmeda, y que están privados de la influencia vivificante del sol. La notamos con mas frecuencia en los pobres que en los ricos; de lo que sacamos la ilacion que los alimentos vegetales, los farináceos, y la falta de limpieza concurren, con el frío, humedad, y escasez de luz, á engendrar esta disposicion. En efecto, estas causas reunidas se oponen al progreso de los músculos, de la fuerza corporal, del calor de la sangre,

hacen la nutricion lánguida, irregular, y producen aquella surabundancia de linfa que obstruye las partes poco sanguineas, y las dispone á contraer subinflamaciones escrofulosas, desde que venga á atormentarlas una causa irritante. Por lo mismo las encontramos en las ciudades populosas, en aquellas que tienen casas elevadas, y calles angostas; en los valles profundos, húmedos, cercados de montañas encumbradas; en las llanuras pantanosas, en los sitios sombríos y que selvas espesas hacen húmedas: miéntras que son desconocidas estas enfermedades en los países secos, áridos; en las faldas de las montañas espuestas á los vientos del norte: en una palabra, en cuantos parages es vivo y libre el aire, abundante la luz, puras las aguas, y en cuantas el suelo no está muy cargado de los productos de una feraz vegetacion. Por lo demas, las causas que acabo de asignar á las escrófulas son tan poderosas, que no limitan su accion á los niños, y vemos todos los dias que diversos adultos, encerrados en estrechas prisiones, contraen estas

enfermedades, aunque en su niñez no se hayan visto nunca atacados de ellas.

EL SABIO.

Resultaria de cuanto Vm. acaba de decir, que las escrófulas no pudieran asaltar jamas á las personas robustas. Tenemos sin embargo varios ejemplos de lo contrario; y, á pesar de la precaucion que ciertas familias poderosas toman de criar á sus niños en los sitios mas propicios para el progreso corporal, las vemos afligidas con la enfermedad escrofulosa.

EL MÉDICO JÓVEN.

Establecida una vez la disposicion escrofulosa por las causas que acabo de esponer, es capaz, como todas las demas, de transmitirse por la via de la generacion; y, á pesar de todas las cautelas higiénicas mejor entendidas, persiste ella á veces por espacio de algun tiempo, aunque el cuerpo haya adquirido mucha fortaleza y vigor. Por lo mismo le he dicho á Vm. que podia observarse esta dolencia en todos los individuos; pero si nos obstináramos en librar á todos

los niños de estas familias de las causas que la producen, acabaria ella desapareciéndose totalmente. Aun puede afirmarse que ella es rara vez tan rebelde, y que es casi siempre posible destruirla en el curso de una ó dos generaciones, especialmente si, despues de haberse esmerado en la educacion física de los niños de los escrofulosos, se tiene el cuidado de enlazarlos con familias sanas.

EL SABIO.

Esa última precaucion me parece muy sospechosa. Tendria yo siempre repugnancia en contraer enlaces con una familia inficionada con el vicio escrofuloso.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin embargo, le aseguro á Vm. que es sumamente difícil el librarse de ello; hay poquísimas familias numerosas, en las poblaciones crecidas con especialidad, en que no se hallen algunos escrofulosos. Basta que se haya engendrado una criatura en un momento en que uno de sus autores, aunque sanísimo por otra parte, estaba in-

dispuesto, tal seria una muger que concibiera muy pronto en una convalecencia ó á continuacion de un flujo, para que semejante criatura nazca con la diatésis escrofulosa, que esté cubierto de glándulas, que sea tuerto, cojo, raquítico, mientras que sus hermanos gozarán de la salud mas lucida, y presentarán el mas regular progreso. Este solo hecho debe bastarle á Vm. para abandonar enteramente la idea de un humor particular, de un vicio material, ó de una infeccion escrofulosa; y le aseguro á Vm. que él es la suma verdad. Por otra parte, le diré á Vm. sobre el pus de las ulceraciones escrofulosas lo que le he dicho sobre el de los herpes; no tiene él de modo ninguno la virtud de propagar la enfermedad; y lo restante de la sangre está tan puro y bien acondicionado, que las llagas de los escrofulosos se curan tan fácilmente como las de los demas individuos. Basta que la inflamacion ordinaria se mantenga allí dentro de sus justos limites, para que la inflamacion escrofulosa no se deje ver. Esta advertencia es aplicable á todas

las irritaciones incoativas de los escrofulosos, y va á conducirme ella á las máximas de la curacion.

EL SABIO.

Le oiré con gusto á Vm.; me ha aliviado de un gran peso, probándome que las escrófulas no dependian de un humor acre, corrupto, que inficiona toda la masa de la sangre; y estoy dispuesto en extremo á verle á Vm. aplicar á la curacion de esta dolencia los principios que le han guiado en la de las anteriores.

EL MÉDICO JÓVEN.

Notará Vm. primeramente que la curacion preservativa se deduce muy naturalmente del conocimiento de las causas. Crie Vm. á un niño, para el que teme esta enfermedad, en una aldea, en un parage seco, bien ventilado, bien alumbrado; déle un ama rolliza; hágale hacer mucho ejercicio en campo raso, sin abrumarle de vestidos; acostúmbrele así á soportar las vicisitudes atmosféricas; no se apresure especialmente á sacarle de semejante parage para encer-

rarle en un colegio; y precisarle á penosos estudios, en un sitio húmedo; á cubierto contra el sol: mas tarde, cuando se ocupe Vm. en su educacion moral, tenga sumo cuidado de proporcionarle algun ejercicio y recreaciones de su gusto, tomadas siempre al aire descubierto; haga de modo que su alimento sea sano sin ser copioso; y crea que con semejantes precauciones impedirá el progreso de esta enfermedad.

Cuando aparece una subinflamacion escrofulosa, debemos luchar contra ella como contra todas las irritaciones inflamatorias; una aplicacion de sanguijuelas se lleva la hinchazon estrumosa de la nariz, labios, oidos, y hace desaparecer las glándulas que la acompañan. Podemos repetir este medio tan frecuentemente como la dolencia se reproduce. Tan léjos de estimular con los tónicos á esta clase de individuos, es preciso hacerles tomar una bebida refrigerante, y que promueva ligeramente las orinas; disminuir los alimentos, no sustentarlos mas que con vegetales, carnes ligeras, y sobre todo no llenarlos de vinos

generosos. Los niños sanan pronto. Luego que están repuestos, se les permiten mas substanciosos alimentos, salvo el volver á los primeros medios si, en otra estacion, se reproduce la subinflamacion escrofulosa.

EL SABIO.

He aquí unos preceptos bien opuestos á los de los médicos antiguos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Convengo en ello; pero ¿son peores por eso? Con la simple aparicion de una leve irritacion escrofulosa, se ordenan á unos niños, muy sanos por otra parte, carnes negras, caza, chuletas de carnero, vino puro, el mas generoso que es posible agenciarse; hácenles tomar vino de ajenos, de geniana, elixires amargos, en que se hace entrar á mas, para hacerlos mas estimulantes, una buena dosis de un cáustico de los mas violentos que llaman *carbonato de potasa*. Pero ¿quiere saber Vm. lo que resulta de esta curacion incendiaria? Primeramente notará Vm. el inconveniente moral de este régimen, que comunica á

todos los niños el gusto de la golosina y borrachería. Además, bajo el aspecto físico, observará Vm. con suma frecuencia un apetito excesivo, y un momentáneo aumento de fuerza y bienestar; despues, calor en el estómago, encendimiento de la lengua; mas tarde, incomodidad, calentura, tristeza; últimamente, una inflamacion de las vias digestivas, que se caracteriza, si es aguda, con los síntomas de una supuesta fiebre esencial; si es crónica, con una fiebre lenta, que á menudo viene á parar en el marasmo. El vientre se pone caliente, sensible al tacto, duro; ínflanse las glándulas de los intestinos; está formada la obstruccion, y el médico ha acertado á trasladar al tejido de las vísceras aquel afecto escrofuloso, que hubiera podido permanecer limitado á lo exterior, y que espelido siempre por la curacion antiflogística despues de haberse reproducido mas ó ménos allí, hubiera acabado desapareciéndose, sin perjudicar, en cosa ninguna, al progreso general del individuo. Además, si esta curacion sanara siempre lo exterior,

podria hacerse alarde á lo ménos de un aparente triunfo; pero, por el contrario, cuanto mas se estimulan los órganos de la digestion, tantos mas progresos hacen las inflamaciones escrofulosas de la cara, cuello, y miembros; supuran, desorganizan, mutilan toda la superficie del cuerpo, y se rinden los pacientes en el mas lastimoso estado.

EL SABIO.

¡Qué horrenda pintura! Temo que esté cargada, porque ví á diversos niños curados con ese método, y que no acabaron sin embargo del modo que Vm. indica. ¿No contaria Vm. algo demasiadamente con la repugnancia que le he manifestado de renovarle la censura de ser esclusivo?

EL MÉDICO JÓVEN.

Le he dicho á Vm., Caballero, que las consecuencias físicas de esta curacion eran frecuentemente tales como acabo de mostrárselas, lo cual supone que ellas son diferentes á veces. En efecto, algunos individuos jóvenes linfáticos, poco irritables

sujetos por otra parte á ejercicios violentos, tales como los de la caza, esgrima, baile, resisten á esta especie de *medicacion*, ó aun les va tan bien con ella, que se curan de sus afectos escrofulosos, y toman mucha fuerza y progreso. Estos hechos son incontrovertibles; y me proponia citárseles á Vm., cuando me ha interrumpido. Sin embargo no impiden ellos que la pintura que le atemoriza á Vm., sea una pura verdad; pero hay un medio que debo dar á conocer tambien á Vm. Infinitos niños soportan la estimulacion de los supuestos antiescrofulosos, sin experimentar en las vias gástricas una inflamacion capaz de producir la calentura y obstruccion; toman un progreso mas pronto, quizas, que el que hubieran tomado, pero no con mas tranquilidad; porque contraen una flemasía crónica, sin fiebre de los órganos digestivos, que les causa frecuentes males de garganta, que se vuelve habitual, y que, muy á menudo, no los abandona jamas. Mientras crecen y se aumentan en corpulencia, es llevadera; pero cuando estos in-

dividuos llegaron al término de su progreso, experimentan los síntomas todos de la hipochondría; están sujetos á las convulsiones, lo que se observa mas particularmente en las personas del sexo femenino, cuyo flujo menstrual se desordena con la mas leve causa. Convertida en constitucional su gastro-enteritis crónica, se eleva á menudo hasta el grado de las pretensas *fiebres esenciales*, y no se desvanece mas que despues de la terminacion del estado febril. Finalmente estos infelices siguen del mas lastimoso modo la carrera de la vida, acabándola frecuentemente mucho tiempo ántes del término que al parecer su complexion originaria les afianzaba.

EL SABIO.

Empiezo á reconciliarme con Vm., y preveo que podrá deducir, de estos tres efectos de los tónicos, indicaciones satisfactorias para la cura.

EL MÉDICO JÓVEN.

Harélo, diciendo á Vm. que los individuos escrofulosos deben distinguirse, bajo

este aspecto, en dos clases. Los unos dotados de un estómago irritable, y que, con pretesto ninguno, no pueden usar de los estimulantes, pero deben curarse como se curan las demas personas atacadas de flemasías; los segundos, linfáticos, que tienen órganos digestivos frios, y capaces de soportar todos los tónicos; pero creo poder añadir que, aun en estos postreros, se puede abusar fácilmente de estos medios. Conviene suspenderlos pues, luego que se advierte que fatigan ellos las vias digestivas, para volver á los refrigerantes; últimamente, seguir la variacion de los síntomas tanto esternos como internos; pero no olvidar jamas que el ejercicio en campo raso es la condicion *sine qua non* del triunfo á que se aspira.

EL SABIO.

Alcanzo que efectivamente los excitativos pueden perjudicar al estómago de los escrofulosos como al de las personas exentas de esta dolencia; pero últimamente ¿qué hace Vm. cuando estos medios engendrán-

ron la gastritis, la enteritis ó la perineumonia, igualmente que en los casos en que las subinflamaciones escrofulosas de lo exterior del cuerpo no se atajaron en sus principios?

EL MÉDICO JÓVEN.

En todos los casos, seguimos las indicaciones sacadas del actual estado de los órganos irritados, tanto interior como exteriormente, sin perseguir una supuesta entidad escrofulosa con pretensos específicos siempre los mismos. Esplicome. Cuando está declarada la inflamacion en lo exterior, la moderamos, no pudiendo suprimirla, con sangrias locales y emolientes; si los tumores escrofulosos ó las ulceraciones que resultan de ellos, han caido en la inercia, los excitamos con tópicos irritantes; si de ello se siguen desorganizaciones irresolubles, las destruimos con el hierro ó fuego. Todo ello puede hacerse, sin inconveniente ninguno, en la periferia: porque puede vivir uno, como lo ha dicho Vm. mismo, á pesar de la supresion de una glándula, de la destruccion de una cierta

porcion de la piel, ó de la amputacion de un miembro; pero no sucede lo mismo con las vísceras, las que es menester conservar intactas. Aun cuando el hierro y fuego pudieran alcanzar á ellas, no podrian convenirles. No les convienen mas los cáusticos é irritantes que se hacen tomar con tanta frecuencia interiormente. En una palabra, siempre que la irritacion, despues de haber destruido lo exterior, se repitió en la cabeza, pecho ó empeine, no hay ya antiescrofuloso ninguno que dar, supuesto que todos ellos están sacados de los medicamentos estimulantes. No queda pues ya mas que la curacion antiflogistica, que es aquí enteramente semejante á la que se opone contra las demas inflamaciones. Los tónicos no pueden ser pues útiles en los afectos escrofulosos, mas que en cuanto la irritacion no ha penetrado en lo interior, y siempre bajo la condicion muy espresa de que ellos se soportarán por los órganos digestivos, sin causar surexcitacion ninguna en estos; pero los médicos fisiologistas, los cuales solos conocen la

gastritis, son tambien los únicos que pueden juzgar de esto, y que sepan pararse á tiempo.

EL SABIO.

¿Es la curacion del raquitismo la misma?

EL MÉDICO JÓVEN.

No vemos casi diferencia ninguna en ella. Los tónicos no logran reanimar la fuerza asimilatriz, y concurrir á la corroboracion de los huesos, mas que en cuanto los soportan las vísceras sin irritarse con ello; pero tenemos para el raquitismo algunas prácticas particulares que nos son comunes con los médicos de todos los tiempos; como hacer tender á los enfermos sobre el helecho, sobre plantas aromáticas; ejercer sobre la piel fricciones con un linimento fortificante; hacer uso de los baños frios con los necesarios miramientos; hacer obrar los músculos del lado débil; finalmente, enderezar los huesos con máquinas apropiadas.

EL SABIO.

Estoy contento, y en lo sucesivo presu-

mo que no tendré ya la ocasion de llamarle esclusivo á Vm.; quiero suspender sin embargo mi juicio, hasta que yo haya oido á Vm. esplanar su teoría sobre los afectos nerviosos. Espero que será para mañana.

EL MÉDICO JÓVEN.

Quedará Vm. servido, Caballero, asegúroselo.